



Revista de Ciencias Ambientales (Trop J Environ Sci). EISSN: 2215-3896.

Junio, 1999. Vol 16(1): 72-84.

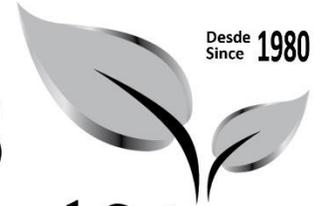
DOI: <http://dx.doi.org/10.15359/rca.16-1.8>

URL: www.revistas.una.ac.cr/ambientales

EMAIL: revista.ambientales@una.cr

Eduardo Mora

Revista de CIENCIAS AMBIENTALES Tropical Journal of Environmental Sciences



Ante lo ambiental la política es secundaria y zaguera

Given the environmental policy is secondary and zaguera

Eduardo Mora



Los artículos publicados se distribuyen bajo una Creative Commons Reconocimiento al autor-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY NC SA 4.0 Internacional) basada en una obra en <http://www.revistas.una.ac.cr/ambientales>, lo que implica la posibilidad de que los lectores puedan de forma gratuita descargar, almacenar, copiar y distribuir la versión final aprobada y publicada (*post print*) del artículo, siempre y cuando se realice sin fines comerciales y se mencione la fuente y autoría de la obra.

ANTE LO AMBIENTAL LA POLITICA ES SECUNDARIA Y ZAGUERA

por Eduardo Mora

Este ensayo constituye parte de los resultados de una investigación sobre las relaciones entre el movimiento ambientalista costarricense y la política. La información insumida provino, principalmente, de una hemeroteca especializada en las relaciones entre agentes sociales y entes biofísicos en Costa Rica (se cubrió un período de un año) y de entrevistas a activistas ambientalistas y a políticos destacados en el tratamiento de lo ambiental.

Se sostiene la tesis de que en el enfrentamiento de la problemática ambiental el ámbito de acción convencionalmente entendido como político en la democracia liberal resulta poco relevante, siendo que las orientaciones, las formas de acción y los actores que enfrentan lo ambiental ponen el acento en la eficiencia técnico-material de la acción, en el tratamiento integralista de los asuntos ambientales y en la compenetración - cognitiva y conativa- que ha de tener cada persona con la problemática que le atañe y consigo misma como corresponsable de ella. Estado, partidos y políticos van en zaga de la colectividad ambientalista en la comprensión y enfrentamiento de los problemas ambientales.

Quienes enfrentan la problemática ambiental desconfían de la capacidad de los políticos, los partidos y el Estado para enfrentarse a aquélla y no creen que éstos sientan ningún compromiso de peso con la colectividad ambientalista ni verdadera preocupación por lo ambiental. Se hace notar que este disminuido papel del ámbito estricta y convencionalmente político en la sociedad contemporánea está genéticamente relacionado con esa estructura constituida por la pareja problemática ambiental - acción social de enfrentamiento de ella, pareja que es una novedad (una "invención") del último tercio de este siglo. Y esto sucede así porque (a) la problemática ambiental se ha expandido (ha sido ideática y teóricamente expandida) a sectores de la realidad antes considerados ajenos a ella (por ejemplo el de la salud y el de la producción económica), y porque (b) tal estructura ha devenido paradigma, crecientemente legitimado, a partir del cual se conciben y estructuran otras problemáticas y sus correspondientes acciones de enfrentamiento, y desde el cual hay menosprecio del ámbito de la política.

72

Ciencias Ambientales, No. 16, junio 1999

Invencción de la problemática ambiental, su peligrosidad y su enfrentamiento

No cabe duda de que la problemática ambiental, como expansivo tejido de conflictividad entre la sociedad y la naturaleza, es muy reciente, de los años sesenta. Antes hubo problemas aislados que cuando acongojaban y ponían en estado de alerta a la sociedad padecente era en momentos puntuales o, por lo menos, no formaban parte definitoria de la relación con la naturaleza. Ciertos efectos de muchas prácticas (sociales) de transformación de la naturaleza se han expresado, desde siempre, como turbulencias desquiciantes de las mismas prácticas y como perturbaciones de modos rutinizados de sobrevivencia humana, pero tales turbulencias y perturbaciones antes no ponían en jaque el establecido patrón de intercambio con la naturaleza a no ser excepcionalmente, y en tales casos ante lo que se estaba era ante desastres o catástrofes.

Hoy la problemática ambiental es consustancial y definitoria del tejido que une a la sociedad con la naturaleza, sin que necesariamente ocurra el desastre y se viva en la catástrofe. Lo excepcional, ahora, es relacionarse con natura ya no digamos armónicamente sino ni siquiera de modo que los *stocks* de recursos y los sumideros de desechos que una sociedad aprovecha para vivir no agoten su capacidad en el plazo de una o dos generaciones; y, asimismo, lo extraordinario ahora es no vivir ante graves peligros ambientales, o sea, con la sensación y la concepción de estar ante éstos.

Pero no se trata de establecer la antigüedad ni la historia de la gravedad de los problemas ambientales. No importaría que fueran éstos tan viejos como el ser humano y desde entonces tan graves como lo son hoy o, por el contrario, fueran muy recientes y nada graves. Lo

que importa aquí es si la sociedad conceptúa y trata como problemática ambiental un aspecto o una expresión de su relación con la naturaleza y, en consecuencia, si lleva a cabo acciones de enfrentamiento o por lo menos cree en su pertinencia.

Si un movimiento social de relativo peso, o élites ideológicas de influencia, consideran que la relación de su sociedad con la naturaleza tiene entre sus rasgos definitorios el de estar aquejada por un conjunto organizado de problemas ambientales de peso (esto es la problemática ambiental) constitutivos éstos de un grave peligro, entonces tal movimiento, élites o, también, especialistas en esa materia y otras conexas, tenderán a verla manifestarse en enorme pluralidad de ámbitos de la vida social y considerarán que el enfrentamiento de ella es necesario a todo lo ancho de la estructura social. Esto es exactamente lo que ha pasado con la problemática ambiental (profusamente reseñada cada día en los medios de comunicación masiva), tal que ahora ella está inescamoteablemente presente en todos los ámbitos de la acción social, y en todos se ejerce o se proyecta ejercer su enfrentamiento. No hay otra problemática que sea más importante según consenso, ni un enfrentamiento más meritorio, ni una pareja más paradigmática.

No se afirma aquí que la problemática ambiental, primero, haya sido expandida como concepto a todos los ámbitos de acción social y, después, se hayan comenzado a identificar y evaluar trastornos en ecosistemas, en cuerpos humanos, en ciertos procesos económicos y, entonces, se haya empezado a enfrentarla. Dos fenómenos ocurrieron en un mismo movimiento, potenciándose: (a) sectores sociales muy sensibles e ideológicamente influyentes observaron hechos como: la muerte de muchos animales silvestres, la enfermedad de distintas poblaciones vegetales, la desaparición de diversas especies vivas en vastísimas regiones, la impotabilidad de incontables cuerpos de agua, la toxicidad del aire, también la "deshumanización" de las relaciones sociales especial-



ANT
LA
SEC

mente de cara a la producción económica, etcétera, y experimentaron una sensación y una concepción de peligro; y (b) se culpabilizó por esos hechos directamente a la industria, a las empresas agrícolas aplicadoras de los nuevos insumos químicos, a las plantas nucleares o térmicas de producción de energía eléctrica, etcétera, y al actual modelo civilizatorio basado en la sobrestimulación de la industria y la supervalorización del crecimiento y el consumo, y se empezó a intentar contrarrestar su influjo. Tales hechos y su peligrosidad se fueron percibiendo cada día en más lugares y en más áreas de acción humana, y devinieron *problemática ambiental*: entidad orgánicamente constituida que entraña peligro de muerte, o deplorable vida, para todos; y, simultáneamente, el enfrentamiento de ella empezó a desplegarse, teniendo como base la culpabilización de las entidades recién dichas -lo cual pronto cambiaría-. Tómese en cuenta que las entidades culpabilizadas preexistían al descubrimiento de la *problemática ambiental* y a su enfrentamiento y constituían ya, ellas y el Estado, un bloque (de poder) enemigo del movimiento obrero revolucionario e insistentemente anatemizado y atacado por éste.

La *problemática ambiental* -y su peligrosidad- se convierte entonces no sólo en rasgo distintivo de la relación con la naturaleza sino de la sociedad posindustrial y de la contemporaneidad. La reacción social a ella se manifestó como: incomodidad y preocupación de la gente (principalmente de los directamente afectados y de muchos académicos, estudiantes y profesionales); organización y movilización de esa misma gente en despuntantes entidades ecologistas y constitución de un movimiento social, el ambientalista; identificación y evaluación científica de fenómenos anómalos, concomitante potenciación y reorientación de la ecología, nuevos desarrollos de casi todas las ciencias, creación de nuevas y puntuales especialidades y actividades académicas en diversas universidades del mundo; recreación periodística creciente de las anomalías ambientales; acciones gubernamentales de tipo científico-técnico y también minúsculas y puntuales reformas de la estructura de (pocos) Estados para enfrentar la *problemática*; y resistencias a la crítica y al cambio de parte de industriales y de empresas usuarias intensivas de agroquímicos, aunque también muy puntuales y balbuceantes replanteamientos de tecnologías de parte del sector industrial.

La reacción social a la *problemática*, con conocidos antecedentes desde el siglo XIX, es pues un enfrentamiento de la misma que en resumen cristaliza -primera y principalmente

en el norte del mundo- en un movimiento social nuevo, en modificaciones estatales, en nuevos desarrollos científicos y universitarios, en disgustos y conmociones empresariales y en la puesta en circulación a través de los medios masivos de un nuevo tema. La sociedad se estremece toda, crecientemente, y no se vislumbra límite porque la *problemática* se desarrolla, se renueva y se multiplica constituyendo con el *enfrentamiento* de ella una pareja muy dinámica, magnética y prolífica.

La *problemática* es difícilmente negada no porque sea evidente (ella no es datos desnudos separados de cualquier dispositivo ideológico y valorativo) (Douglas, 1996) sino porque: (a) la rectitud de los imputados de haberla generado había venido siendo puesta en entredicho desde mucho tiempo atrás por el movimiento obrero y la progresía intelectual: se les achacaba promover la enajenación de los trabajadores, la deshumanización de las relaciones sociales, priorizar el interés particular y el lucro: en los años sesenta el ambiente estaba caldeado contra ellos; y porque (b) los denunciantes no eran fácilmente cuestionables dado que iniciaron su labor de desvelamiento de la *problemática* y su peligrosidad en contradicción con el movimiento obrero revolucionario que, especialmente por boca de las organizaciones y personalidades marxistas, los acusaba de diversionistas, cobrándoles su independencia y su anarquismo en los hechos y su impugnación del crecimiento económico, que desafiaba la posibilidad de que los proletarios elevaran su consumo y de que, ulteriormente, se llegara a abolir el trabajo en favor de "un nuevo tipo de actividad libre". Incluso corrientes "neomarxistas" de los sesenta como, por ejemplo, los *situacionistas*, iconoclastas, libérrimos e igualmente críticos ante el capitalismo que ante el socialismo burocrático, se permitieron descalificar -sin dejar de reconocer su *adelantamiento*- las primeras manifestaciones discursivas ecologistas de principios de los sesenta (Subirats, s.f.: 55-56).

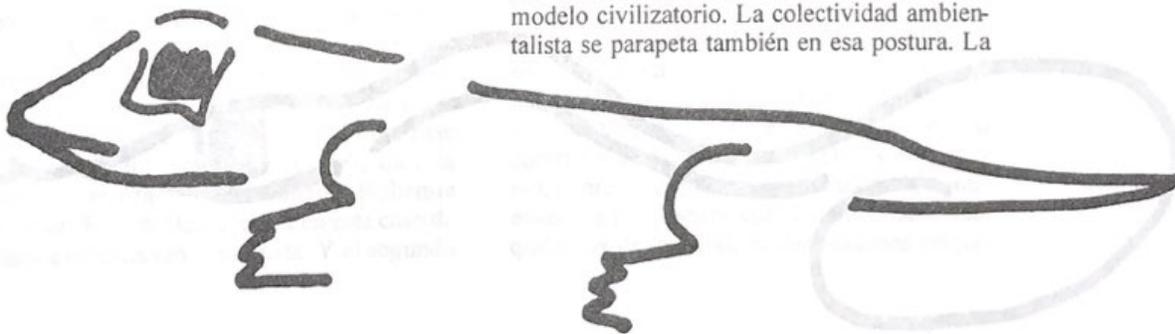
Los denunciantes ecologistas, por cierto, tampoco dejaban de señalar la *problemática ambiental* en los países socialistas a cuyos gobiernos condenaban al igual que a los capitalistas. Las profundas disidencias dentro del movimiento revolucionario marxista y el descrédito del socialismo real habían cundido concomitantemente al desarrollo de los nuevos movimientos sociales, estimulándose recíprocamente. Así, a pesar de que la crítica y lucha ecologistas -desarrolladas en occidente- eran contra el crecimiento industrial, los intereses empresariales y los principios egoístas y productivistas orientadores de esta cultura, e irri-

taban a los criticados, resultaban livianas y digeribles en el marco de la Guerra Fría, en el contexto de una todavía descarnada confrontación entre pueblo y ricos, entre capitalistas y proletarios, entre desarrollados y subdesarrollados atizada por los comunistas y el movimiento obrero revolucionario. Los ecologistas, no obstante su beligerancia, no albergaban intención ni de conquistar el Estado ni de expropiar los capitales. La resistencia de estos últimos fue proporcional a la escasa capacidad destructora de las denuncias y de las propuestas de enfrentamiento de la problemática ambiental. (Aquí se distinguen ecologismo, conservacionismo y ambientalismo: el ecologismo, nacido en el paso de los años sesenta a setenta y que ahora sobrevive como una corriente minoritaria dentro del enorme movimiento ambientalista, se interesa igualmente por la naturaleza y por la sociedad considerando que ambas entidades tienen valor intrínseco y que su desarmonía es fatal para el equilibrio y desarrollo -más allá de lo económico- de los humanos; el conservacionismo, con raíces en el siglo pasado, es otra corriente pequeña dentro del ambientalismo que se caracteriza por su interés prácticamente exclusivo en la protección de la naturaleza, sin preocupación por la cuestión social; y el ambientalismo es dos cosas que se intersectan: en el sentido estrecho del término es una corriente social -también con antecedentes decimonónicos- de protección de la naturaleza en función de los intereses humanos, especialmente económicos, y en el sentido amplio del término es todo el movimiento social de defensa de la naturaleza, en el cual la orientación ambientalista en sentido estrecho se hizo dominante desde los años ochenta, por lo que el movimiento en su totalidad es pertinente que sea homónimo. Mientras que el ecologismo apunta firmemente a un nuevo orden cultural y social, éste para el ambientalismo -en sentido estrecho y en sentido lato- carece de sentido y de formulación racional (Cf. Riechmann, 1994; Mora, 1994))

En efecto, la problemática ambiental señalada a partir de los sesenta fue calificada como falsía por las fuerzas que aspiraban a quebrar el capitalismo y por la generalidad de

los capitales (Cf. Meadows, 1992). Ellos estaban plenamente despabilados pero en otros drama y escenario, ardiente entonces y hoy periclitado. Sin embargo, los denunciantes y proponentes no se convirtieron en los grandes enemigos de nadie y su discurso bajamente confrontativo permeó eficazmente el ámbito académico, los medios de comunicación, parcelas del Estado e instancias de orientación empresarial y las empresas mismas. Esta permeabilización creció exponencialmente llegando a su clímax, en la segunda mitad de los años ochenta, con el auge del concepto/estrategia de desarrollo sostenible. Momento en el que ya el movimiento social más fuerte mundialmente fue el ambientalista, con el arrojo, utopismo y orientación contracultural del original ecologismo ya casi extintos (sobreviviendo sólo en la pequeña corriente ecologista): ya casi todo el mundo, por cierto, pertenecía al ambientalismo o, mejor decir: casi todo el mundo constituía la *colectividad* (Cf. Merton, 1964) ambientalista, entendida ésta como conjunto de individuos no interactuantes pero unidos por valores y normas de comportamiento que apuntan a la defensa de los equilibrios ecológicos, conjunto que, en tanto tal, no es agente en el proceso social -a diferencia del *movimiento*, en el que, además, las interacciones son especialmente significativas-.

Aunque la generalidad de los ambientalistas crean que industriales y grandes productores agrícolas -como también los políticos- priorizan lo económico sobre lo ecológico, aquéllos confían y trabajan por la conciliación entre equilibrio ecológico y crecimiento económico considerando que las empresas privadas son capaces de colaborar y hasta tener iniciativas en la protección de la naturaleza. En esta etapa de su desarrollo el movimiento ambientalista denuncia a empresas puntuales -industriales, agrícolas, energéticas, etcétera- pero, exceptuando a la corriente ecologista, no suele denunciar a la industria en general, ni al Estado en general, ni al crecimiento económico en general (Mora, 1998d). Sí, en general, se sigue culpando al humano en quien anida la pulsión de la destrucción y a la civilización, o, en los casos de más atrevimiento, al actual modelo civilizatorio. La colectividad ambientalista se parapeta también en esa postura. La





problemática ambiental y el peligro, sin embargo, siguen en su apogeo.

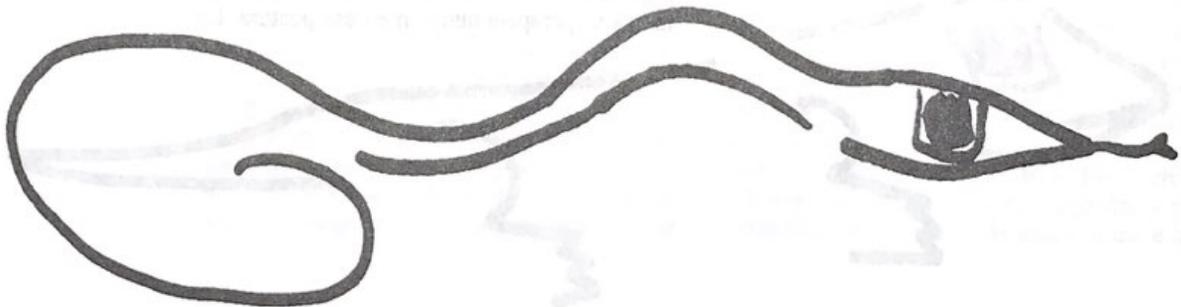
La paradigmática pareja problemática ambiental - enfrentamiento

Hay problemas cuyo enfrentamiento no deja de ser apasionado pero lo llevan a cabo conjuntos sociales poco numerosos y sin impacto sobresaliente sobre el resto de la sociedad: problemas sanitarios especialmente en el Tercer Mundo o entre minorías; problemas educacionales como el del analfabetismo; problemas de violencia intensa que causa víctimas a las que se debe socorrer; también desastres. Todos éstos, y otros, suelen desatar acciones de enfrentamiento más o menos largas. Pero son problemas que no constituyen una amenaza global e inminente para la humanidad, como sí el ambiental. Y cuando incipientemente se les empieza a ver como tal, y como orgánicamente vinculados entre ellos y vinculadas también sus diversas manifestaciones en diferentes lugares y en el transcurso del tiempo, lo que está sucediendo es que se está extendiendo hasta ellos, aplicándose, la estructura cognitiva que se inauguró con el examen de la problemática ambiental y con su enfrentamiento. Es decir, la despuntante manera de concebir y actuar socialmente ante diversas problemáticas que según consenso no son más graves ni sustantivamente diferentes que tiempo atrás, cristalizó y se consagró de cara a lo ambiental; ante este tema, privilegiadamente, es que ese modelo de concepción y acción se ha venido decantando y es allí que se le observa en su relativo esplendor desarrollándose, sin con esto estar afirmando que sea en el ámbito de lo ambiental que el modelo exclusivamente tiene sus bases o razón de existencia. Las tiene allí como también en todo el tejido de la sociedad actual, en todos los subsistemas de acción de ésta.

De la pareja que se forma entre problemas como los atrás consignados -no me refiero al ambiental- y sus respectivas acciones de enfrentamiento, se han derivado esquemas operativos y algunas señales para la comprensión de otros asuntos. Pero es directamente la pare-

ja *problemática ambiental - enfrentamiento de la misma* la que ha venido perfilándose como paradigma para la orientación social general, válido no estrechamente para lo operativo sino para comprender la realidad: la realidad social a secas y la realidad "socio-física" cuya especificidad, por cierto, hemos estado rechazando por siglos y más agudamente desde la modernidad: negando su unicidad, afirmando que humanidad y naturaleza discurren por rutas distantes y distintas. Que en la problemática ambiental resida el gran peligro de la época y que, consistentemente, el movimiento ambientalista sea el gran movimiento social de la época, son las razones que, potenciándose recíprocamente, condicionan que en la pareja mencionada lleguen a condensarse nuevas tendencias sociales respecto de cómo entender el mundo y cómo actuar ante éste haciendo de tal pareja paradigma de conocimiento y de acción.

No es que a partir de los años sesenta se hayan detectado problemas ambientales numerosos y, simultáneamente, se hayan ideado maneras de enfrentarlos. Lo que sucedió entonces fue que se empezó a elaborar conceptualmente otra versión de la relación con la naturaleza en la que se postulaba una problemática ambiental que no es exterior a lo social, ni lo social exterior a ella. Se planteó la problemática ambiental como conjunto sistematizado de problemas (en el tejido sociedad-naturaleza) articulados por un mismo principio de existencia y desvelados por un mismo golpe de mirada. Mirada que es científica y que, curiosamente, encuentra correspondencia en otra visión al uso en aquel momento: la "mística", llevada, a través de un procedimiento de cirugía social, a las urbes y medios universitarios del norte desde culturas premodernas. Ambas son versiones de lo mismo *suficientemente* coherentes entre sí. Su curiosa confluencia refuerza la creencia en que lo más relevante no fue que los problemas ambientales *se hayan hecho ver* y, en consecuencia, causaran preocupación, sino que la sociedad -la unidad cultural de entonces y de ahora- los encontrara, los inventara, los imaginara y construyera conceptualmente la problemática de acuerdo a sus dispositivos ideológi-

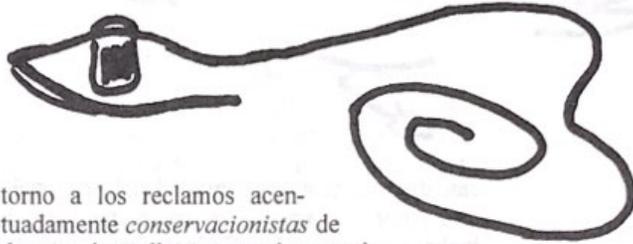


cos. Lo social y lo natural, unidos, constituyen la problemática y ésta es expresión de la interacción ineluctable -no adjetiva sino sustantiva en el orden del universo; fatal- entre sociedad y naturaleza.

Sin embargo, la pareja *problemática -enfrentamiento de ella* sigue siendo *pareja en la unidad y no unidad sin más*. Naturaleza y sociedad se siguen distinguiendo, y, a diferencia de antes, lo natural es ahora amenazado y es víctima, y lo social/humano es amenaza y victimario. Debe estar en guardia la naturaleza y debe ser desarmado lo social/humano. La amenaza es global y lo amenazado está en todas partes, por supuesto también en nuestros cuerpos. Debemos estar alertas y defendernos respecto de lo social que hay en nosotros mismos. Seguimos siendo duales pero lo malo intrínseco de antes ahora es lo bueno, y al revés. Ahora la naturaleza se ha aureoleado: los bajos instintos ya no son naturales sino civiles y están en todos nosotros; quien atenta contra natura es la civilización que está en y somos todos. El odio hacia enemigos concretos y fácilmente delimitables está agotado, ellos eran sólo un efecto conceptual y afectivo del proceso intelectual del *análisis*, que empezó a ser superado por abordajes científicos (ya no sólo filosóficos) holistas, integrales o sistémicos (terrorismo y narcotráfico más que como enemigos -externos- son tratados como cánceres -internos- en el organismo social susceptibles de desembocar en metástasis, como amenazas endógenas, como degeneraciones propias del tejido de la unificada sociedad contemporánea). Estados y capitales predadores simplemente responden a un impulso propio de esta civilización, concebida como una unidad que transita por el tiempo -o que el tiempo envejece-, y si la civilización es todo lo socialmente generado y resignificado en un período histórico coherente y distinguible de otros, la oposición de la naturaleza no es con partes que el *análisis* aísla -Estados o capitales-, sino que, digamos, se ha vuelto cósmica, atraviesa y está presente en todo: naturaleza versus civilización.

El consenso en torno a cuál es el carácter de la problemática ambiental y cómo enfrentarla se evidencia en los siguientes casos, escogidos aleatoriamente entre la información hemerográfica más fresca. El primero consiste en una aseveración de un medio masivo de comunicación clara y duramente comunista: "La irresponsable acción del ser humano compromete seriamente el futuro de la especie", dice la buena y vetusta revista cubana Bohemia (Bohemia, 5-6-98: B22), lejana en este caso de la clásica orientación comunista. Y el segundo

caso consiste en la coincidencia entre el derechista y también vetusto -pero en estilo bodriodiaro costarricense La Nación (La Nación, 11-8-98), el ministro del Ambiente (La República, 10-8-98) y el más beligerante y conocido grupo ambientalista tico, la Asociación Ecológica Costarricense (Rivas, *comunicación personal*) -que efectivamente es *ecologista*- en



torno a los reclamos acen-
tuadamente *conservacionistas* de
detener inmediata y totalmente la
explotación de los bosques del Pacífico
sur de Costa Rica, reclamos que cobraron
actualidad por la llegada del buque *Rainbow
Warrior* de Greenpeace a esa zona con el fin de
respaldar tal reivindicación. La coincidencia
de los tres entes consignados es en que a esos
bosques debe protegerseles a través de manejo
científicamente programado y controlado y,
cuando sea necesario, a través de conservación
absoluta, de modo que no peligre la biodiversidad
ni los ciclos ecológicos fundamentales
de la región, pero la veda total y a rajatabla es
impertinente dadas las necesidades de desarro-
llo económico del país y de la región, en la que
hay muchos campesinos y comunidades indí-
genas. La Nación, que expresa claramente la
posición respecto del bosque de los grupos
económicamente dominantes, pone el acento
en el desarrollo económico del país, mientras
que los ecologistas lo ponen en la necesidad de
aprovechamiento del bosque de parte de cam-
pesinos e indígenas, pero convergen en el
rechazo de la veda total. La Asociación Ecolo-
gista, que cautamente no deja de hacerse pre-
sente en las reuniones efectuadas por quienes
defienden ésta, lleva a cabo trabajo en comuni-
dades y acuerdos institucionales, incluso con
el Ministerio del Ambiente, para proteger los
consignados bosques a través de preservacio-
nes absolutas en ciertas áreas y de manejos
científicos en otras.

Así como recientemente, por ejemplo, todo
hecho podía -no por todos ni obligatoriamente,
pero sí sensatamente- ser colocado en las coor-
denadas de la lucha de clases para darle senti-
do y entenderlo, y hace más tiempo en las
coordenadas de la lucha entre Dios y el Demo-
nio, ahora todo tiende a ser incluido en, o inti-
mamente relacionado con, lo ambiental: dese-
quilibrios de la salud, insatisfacciones psíquicas



cas, delincuencia, inestabilidad política, etcétera (¿por qué no, en un apuro, también la lucha de clases?). Y más inclusivo resulta lo ambiental si se presupone -como nadie deja de hacerlo- que todo se desarrolla y que debemos desarrollar todo: la economía, la sociedad, la persona, y que de las maneras que lo hemos venido haciendo el desarrollo no es sustentable, porque líquida la base de recursos naturales. Y que para que lo sea, entonces, hay que preocuparse centralmente por el ambiente y su equilibrio, porque de lo contrario se agotan los recursos. Así, el ambiente ha devenido el todo, la problemática ambiental -que es el desequilibrio del ambiente, el tejido de conflictividad entre sociedad y naturaleza- ha devenido el gran peligro, el necesario *enfrentamiento* de la *problemática* ha hecho pareja con ésta, y la pareja ha devenido paradigma efectivamente actuante en los procesos de conceptualización, y posicionamiento en general, de cada vez más ámbitos de la acción social. Paradigma que, como está dicho, es una condensación de actuales tendencias sociales referentes a cómo comprender y cómo actuar ante la realidad, condensación que se concretiza en la pareja consignada por la gran importancia social y enorme fuerza que ella tiene. En esa pareja se ve un *nuevo mundo*, en el cual le toca a uno vivir bajo un cielo ominoso y en medio de graves desgarraduras del tejido que une a la sociedad con la naturaleza, pero en el que la lucha para el saneamiento y conjuración de esas lacras cada vez cuenta con más adherentes y está llena de cotidianos éxitos cuyos festejantes se acrecientan sin freno, lucha que entonces es sin duda "justa" y de un novedoso tipo: en ella, sin dejar de ser rebeldes y atrevidos en las reivindicaciones, sus protagonistas no cargan con la tragedia y el estresante e ineluctable encono de las gestas políticas desesperadas de la modernidad, que escindian a la sociedad tajantemente. Como apunta

Baudrillard (1991: 97): "Derechos del hombre y ecología son actualmente las dos ubres del consenso"

Los elementos definitorios de tal paradigma son: (1) la problemática está unida y organizada; (2) la problemática es propia del tejido de relación entre sociedad y naturaleza; (3) la problemática no es causada por entes puntuales sino generada en aquel tejido relacional en el que algo omnipresente -en este caso el patrón civilizatorio- es prioritario; (4) la problemática es una reacción y no una acción -es una resaca-; (5) la problemática es global -presente y con raíces en todos los ámbitos de acción y lugares- y su enfrentamiento también debe de serlo -con el involucramiento de toda la sociedad-; (6) el enfrentamiento ha de ser técnico-científico (o "místico") por la difícil inteligencia de la problemática; (7) el enfrentamiento precisa de una base de educación -ambiental en este caso- generalizada; (8) los políticos y las instancias eminentemente políticas son estorbosas o prescindibles y neutralizarlas puede, o debe, hacerse; (9) el enfrentamiento es de la humanidad, y de cada persona, consigo misma; (10) el enfrentamiento no es de inspiración caritativa (en beneficio de los que ocupan posiciones inferiores) sino solidario (en beneficio de iguales), tanto con los contemporáneos como con los inexistentes o nonatos, y para las corrientes conservacionista y ecologista del movimiento ambientalista el enfrentamiento es en beneficio de una entidad inhumana -la naturaleza-.

Como se señaló atrás, con tal paradigma parece estarse comprendiendo y enfrentando muchos problemas más o menos ajenos a lo ambiental: violencia entre naciones, entre grupos sociales y entre personas; abuso infantil; enfermedades/plaga como el sida y el cáncer; la marginación y acoso de pueblos indígenas... En el tratamiento de esos temas se observa elementos clave y definitorios del paradigma, los cuales no se hacían presentes hace tres o cuatro décadas en el tratamiento de los problemas de entonces, fueran esos mismos u otros, y si se hacían presentes era excepcional, parcial o abortadamente: lo planteaban agentes sociales aislados o débiles con muy poca resonancia.

Con base en el (históricamente novedoso) paradigma ambiental puede explicarse el pobre papel de lo político ante lo ambiental. Y, parejamente, a la luz de los cambios dados en las últimas cuatro décadas en el ámbito de lo convencionalmente político y en el sistema social en general puede inteligirse la emergencia del paradigma consignado (Cf. Mora, 1998g).

La insignificancia de las instituciones convencionalmente políticas ante lo ambiental

Aquí se parte de que la política es el ámbito de acción social en el que, privilegiadamente y por definición, se interactúa en función de redefinir la influencia (aspirando a aumentar la propia) (Weber, 1984: 1056) en la conducción de la sociedad, y que los medios privilegiados de aquélla en nuestra democracia liberal han venido siendo el Estado y los partidos -operados por políticos "profesionales"-, dado que el primero legitima e ilegítima formalmente unos y otros actos, estimulándolos u obstaculizándolos y realizando y promoviendo otros, y los segundos constituyen las vías para ocupar

posiciones en aquél o por lo menos influirlo. Lo cual no entra en contradicción con el concepto -del que también se parte aquí- de que en la sociedad humana las relaciones de fuerza son omnipresentes y el poder está distribuido en toda la extensión de la misma (Foucault, 1979: 157 y ss.). "El campo del poder (que no hay que confundir con el campo político) no es un campo como los demás: es el espacio de las relaciones de fuerza entre los diferentes tipos de capital económico, cultural... o, con mayor precisión, entre los agentes que están suficientemente provistos de uno de los diferentes tipos de capital para estar en disposición de dominar el campo correspondiente ... La dominación no es mero efecto

ÚLTIMO LIBRO DE ENRIQUE LEFF:

Saber Ambiental: Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder

(Siglo Veintiuno Editores,
México, 1998, 285 pp.)

La degradación ambiental, el riesgo de colapso ecológico, la desigualdad social, la pobreza extrema, son signos elocuentes de la crisis del mundo globalizado. La sustentabilidad es el significante de una falla fundamental en la historia de la humanidad, el síntoma de una crisis de civilización que alcanza su momento culminante en la transición de la modernidad truncada hacia una posmodernidad incierta, marcada por la diferencia, la diversidad, la democracia y la autonomía.

El saber ambiental emerge de una reflexión sobre la construcción social del mundo actual, donde hoy convergen y se precipitan los tiempos históricos abriendo las perspectivas de una complejidad, donde se amalgaman lo natural, la tecnología y lo simbólico; donde se resignifican tradiciones filosóficas e identidades culturales ante la cibernética, la comunicación electrónica y la biotecnología.

El saber ambiental se configura en la hibridación del mundo marcado por la tecnologización de la vida y la economización de la naturaleza, por el mestizaje de las

culturas, el diálogo de los saberes y la dispersión de subjetividades, donde se están resignificando los sentidos existenciales a contracorriente con el proyecto unitario y homogeneizante de la modernidad. Tiempos donde emergen nuevos valores y racionalidades que reconducen la construcción del mundo, tiempos en los que se descongelan, se decantan, se precipitan, se reciclan y se reenlazan historias diferenciadas y se relanza la historia hacia nuevos horizontes.

Este libro es una mirada hacia la emergencia y construcción de un saber que resignifica las concepciones del progreso, del desarrollo y del crecimiento sin límite, para configurar una nueva racionalidad social. Ésta se refleja en el campo de la producción y del conocimiento, de la política y de las prácticas educativas. El saber ambiental se sacude así el yugo de sometimiento y desconocimiento al que lo han sujetado los paradigmas dominantes del conocimiento.

Pedidos a: Siglo veintiuno editores, Sra. Marta de la Rosa, fax: (525) 658-7599.

directo de la acción ejercida por un conjunto de agentes ('la clase dominante') investidos de poderes de coacción sino el efecto indirecto de un conjunto complejo de acciones que se engendran en la red de las coacciones cruzadas a las que cada uno de los dominantes, dominado de este modo por la estructura del campo a través del cual se ejerce la dominación, está sometido por parte de todos los demás" (Bourdieu, 1997: 50-51).

Sobre la base de lo anterior es posible afirmar que el ambientalismo no participa significativamente en el ámbito político pero, dado que ejerce fuerza, ejerce poder.

Efectivamente, la apelación que hacen el movimiento y la colectividad ambientalistas a los partidos políticos es insignificante si se le relaciona con la magnitud del enfrentamiento de la problemática ambiental que se lleva a cabo mundialmente. Asimismo, el afán por ocupar posiciones estatales de parte de quienes efectúan ese enfrentamiento resulta irrelevante si lo relacionamos con los esfuerzos puestos en el desarrollo de organizaciones no gubernamentales, de actividades académicas de enfrentamiento de la problemática ambiental, de acciones materiales de recuperación y protección de especies, ecosistemas y paisajes y de "campañas" para presionar a entidades que lesionan los equilibrios ecológicos para que se enmienden. Y tan notable como estos esfuerzos es el denuedo puesto en elaborar y emitir mensajes a través de los medios masivos, dirigidos a modificar a la opinión pública todavía apática o desinformada -la cual, debe reconocerse, presionará al Estado-. La corriente central de acción de enfrentamiento de la problemática no transita por los partidos, ni en torno a los partidos, ni consiste en cabildeo en instancias estatales, ni menos en pujas por la ocupación de éstas -a pesar de la magnitud y trascendencia de los cambios que deben llevarse a cabo-. Los ambientalistas, de unas u otras inspiraciones, no consideran que el enfrentamiento exitoso de la problemática ambiental pueda fundamentarse en la acción propia del ámbito convencionalmente político, sino en la transformación de las conciencias y actitudes ciudadanas y en las propuestas técnicas con base científica -aunque para practicarse éstas deban contar con apoyo en aquel ámbito-.

Esto no es contradictorio por el hecho de que una parte de la corriente ecologista del movimiento ambientalista se integre al juego político-electoral a través de los partidos verdes. Éstos, que aspiran no sólo a transformaciones en la relación con la naturaleza sino también en las relaciones sociales en general,

sostienen que se necesita cambios políticos y en la organización global de la economía para conjurar el gran peligro que se cierne sobre la unidad humanidad-naturaleza. Ellos, pues, disienten de la multitudinaria colectividad y del masivo movimiento ambientalistas respecto de cómo caracterizar la problemática ambiental y cómo enfrentarla, ellos ven y van más allá de los meros aspectos biofísicos de la problemática ambiental, y es esa disensión con el resto de la sociedad lo que los impulsa a meterse en el juego político. Pero aparte de ser minoritarios, los ecologistas participan en la política con una actitud extremadamente suspicaz, descalificándola, usualmente remarcando que su fin no es la consolidación del partido ni el dominio del Estado ni el apuntalamiento del juego político (Dobson, 1997), y previendo y deseando la necesaria desaparición de éste o el escape de ellos del mismo. O sea, su actitud y desempeño en el ámbito de lo convencionalmente político a la larga es coincidente con la actitud del resto del ambientalismo.

Sin que el Estado y los partidos hayan sido marginados, su papel ante la problemática ambiental carece de las estatura y lucidez de que han gozado ante otras problemáticas -cierto es que han venido ostentándolas decrecientemente: lo ambiental no está aislado-. Tales estatura y lucidez las han cobrado, parcialmente, agentes no convencionalmente políticos, no actores del ámbito político. Y es que Estado y partidos, tanto nacionales como locales, van en zaga en el enfrentamiento de la problemática ambiental tratando de alcanzar a los ambientalistas pero principalmente preocupados por no perder terreno para poder posicionarse mejor en el ámbito de lo tradicionalmente político: mejoramiento de imagen; aumento de su capacidad de convocatoria, de persuasión, de inducción a la obediencia y de ser consultados respecto de cualesquiera asuntos; acrecentamiento y consolidación de clientelas y afianzamiento en el tinglado estatal, o sea, engrandecimiento de su poderío en general.

Políticos, partidos y Estado son percibidos por los ambientalistas como incapaces en materia ambiental, seguidores de las indicaciones que les hacen las entidades supranacionales determinantes en el campo (Mora, 1998d y 1998e) y oportunistas dignos de desconfianza por quienes enfrentan la problemática ambiental, los cuales están dispuestos a alianzas puntuales con aquéllos pero nunca estratégicas (Arrieta, *comunicación personal*). La insolencia y el retraso de los gestores de la política respecto de la colectividad y el movimiento ambientalistas se demuestra en el espacio jurídico, que es campo privilegiado de la ac-

ción estatal convencional: allí, por lo menos en el caso costarricense, se encuentra una legislación ambiental muy dispersa (desligadas unas normas de otras), muy difícil de aplicar coherentemente, muy insuficiente y, de hecho, muy inaplicada (Ibid). El mismo actual ministro *a.i.* del Ambiente, reconocido ambientalista, afirma que no se debe enfrentar lo ambiental desde las posiciones convencionalmente políticas, sino desde las técnico-científicas y en coordinación con la colectividad ambientalista (Mora, 1998a).

La colectividad y el movimiento ambientalistas consideran que la voluntad estatal y político-partidaria es necesaria para efectuar cambios en la relación con la naturaleza no porque de allí se puedan esperar aportes sino porque Estado, partidos y políticos constituyen obstáculos que logran imposibilitar casi cualquier propósito, incluso cuando se limitan a ser peso muerto. De ellos, antes que esperar acciones se procura reacciones positivas. Ciertamente es, entonces, que el ambientalismo en su conjunto tiene efectos contradictorios respecto de lo político, porque al mismo tiempo que lo desvaloriza, hay entidades ambientalistas que se acercan sistemáticamente al Estado, a partidos y a políticos buscando acuerdos; al mismo tiempo que lo considera un estorbo por su carácter inevitable, lo ve como lugar de tránsito obligado.

La orientación de la colectividad y el movimiento ambientalistas está desvinculada de las orientaciones ideológicas acerca de cómo manejar la sociedad que gozan actualmente de expresión en el debate del ámbito convencionalmente político. Sea que se piense en términos de izquierda y derecha, o de conservadurismo y liberalismo, o de tradicionalismo y modernismo (o modernización), el ambientalismo, en bloque, queda desmarcado, no se inscribe en ni se familiariza particularmente con ninguna de tales tendencias, aunque adopte ante unos u otros asuntos unas u otras posturas derivadas de unas u otras orientaciones ideológicas. El esfuerzo por enfrentar eficazmente una problemática tan susceptible de ser aprehendida científicamente como la ambiental -por su definitoria dimensión biofísica-, ha conducido a una especial positivación del conocimiento de ese ámbito; el discurso más "institucional", mayoritario y de más impacto del ambientalismo está despojado de trascendentes verdades político-ideológicas. Es un discurso transparente que blanden masivamente las entidades que se enfrentan a la problemática ambiental. (Los discursos que se han ido elaborando a través de choques de fuerzas pleróticos de sesgos nacionalistas,

culturalistas, partidaristas, de grupo social, u otros, son los cargados de verdades trascendentes, de opacidades inextricables.) Sin embargo, el temprano rescate de concepciones premodernas por parte de quienes empezaron a preocuparse por el ambiente desde los años sesenta ha inscrito una marca en la orientación de ciertos sectores de la colectividad ambientalista usualmente no iniciados en el enfrentamiento mancomunado de la problemática ambiental, sino, más bien, replegados en la mantención de conductas individuales respetuosas de la naturaleza y formas de vida "contraculturales". Esta marca se expresa primordialmente como una aureolización del ambientalismo y tiende a aportarle un contenido romántico que potencia su crecimiento y su fuerza.

No por alejado de ideologías políticas en uso ni por ser bastante ajeno al ámbito de lo convencionalmente político, el ambientalismo actúa de acuerdo a una racionalidad meramente instrumental. Antes bien, éste parte de premisas ideológicas no siempre coherentes pero sí delimitables, en las que hay envueltos valores claros; se plantea objetivos que, al igual que los valores, se refieren al estricto espacio de la relación sociedad-naturaleza; observa normas de acción normalmente apegadas a la legalidad y a la moralidad generales, asociadas a medios técnicos de base científica (Cf. Leff, 1994: 396), las cuales son bastante variadas y de acuerdo con ellas la recurrencia al ámbito convencionalmente político es secundaria. Los logros del enfrentamiento suelen ser puntuales y dispersos, en concordancia con la dispersión de las organizaciones ambientalistas.

Los actores en el enfrentamiento de la problemática suelen no ser permanentes en sus funciones, en sus áreas de acción ni, muchas veces, en sus organizaciones: son muy móviles horizontalmente, y de parte de los dirigentes formados académicamente es frecuente su flujo hacia y desde otras organizaciones, también entre organizaciones y gobierno y, asimismo, hacia y desde poderosas organizaciones supranacionales. Tales actores se ufanan de desentenderse del juego político y procuran mantenerse al margen; se esfuerzan por ser nada más sujetos de una racionalidad ambiental estrecha, de conocimiento especializado y muy efectiva en su práctica. Se pretende la asepsia y la transparencia de la acción. En efecto, es igualmente común encontrar similitud de enfoques respecto de lo ambiental entre votantes de distintos partidos políticos que entre los del mismo. Congruentemente, la política ambiental desarrollada por gobiernos socialdemócratas costa-

rricenses suele no diferenciarse sustantivamente de la ejecutada por los socialcristianos; parece ser una misma política estatal ambiental sin particulares vinculaciones con ninguna ideología estrictamente política: quienes las diseñan y concretizan son ambientalistas preterita o actualmente integrados a alguna oenegé ambientalista (Cf. Mora 1998a, 1998b, 1998c, 1998d, 1998e y 1998f).

El campo del ambiente acaso es aquél en el que la acción estatal está más exenta de connotaciones e intenciones políticas -en el sentido de búsqueda de engrandecimiento del poderío, en general, de parte del Estado, de partidos y de políticos-, no obstante el sesgo que siempre se observa en los profesionales de la política que se interesan e intervienen en lo ambiental.

El alejamiento relativo del ámbito convencionalmente político por parte del ambientalismo a la vez que obedece a (y consolida) premisas ideológicas y concomitantes valores ambientalistas -por cierto extensivos a otras colectividades del presente-, responde a la convicción "táctico-teórica" de que la política más separa que une, más distrae de las soluciones que las cristaliza, más es un desgaste que una inversión.

El ambientalismo no existe alrededor de partidos, de una ideología notablemente coherente ni tampoco de líderes, sino de valores bien anclados en la sensibilidad social actual y en objetivos claros en cuanto a su orientación pero no fijos, sino mudables e intercambiables, y que no *imponen* obediencia. Algunas organizaciones de mucha relevancia en el movimiento ambientalista, como internacionalmente Greenpeace y Aeco en Costa Rica, juegan un papel aglutinador importante gracias a haber probado su efectividad en la consecución de metas, pero no son factores decisivos en la fuerza del enfrentamiento de la problemática ni en la actitud de la colectividad ambientalista.

La influencia decisiva de instituciones ambientalistas supranacionales de diverso tipo: activistas, de investigación y asesoría científico-técnica, de protección directa de especies y ecosistemas y de "control", como Amigos de la Tierra, UICN, WWF, PNUMA, PNUD, Banco Mundial (que exige estudios de impacto ambiental y financia investigaciones), etcétera, contribuye no sólo a hacer "apolíticos" a los ambientalistas sino, además, a convertir en ambientalistas a los políticos. Esas supranacionales, que son fuente de legitimidad y de recursos económicos, condenan la "politicización" (sujeción a objetivos de poder extra-ambientales) de las acciones ambientalistas de cualquier nivel y realizadas por cualquier

entidad (Mora, 1998a, 1998c, 1998d y 1998e).

Las áreas de acción del ambientalismo tienden a materializarse en el mismo territorio físico de la problemática ambiental. Es decir, mientras los enfrentamientos de otras problemáticas que inquietan a la sociedad se dan preponderantemente en dependencias estatales, oficinas particulares y centros de investigación y debate especialmente aislados físicamente del objeto de interés, los actos de enfrentamiento de la problemática ambiental ocurren mayoritariamente (en términos de recursos insumidos, gente involucrada, tiempo dedicado: en general, energía desplegada) en lo que se entiende como *el campo*: la generación de conocimiento, la mayor parte de los debates y actividades comunicativas y "proselitistas" y, por supuesto, el enfrentamiento técnico-material se realizan en el mismo espacio físico de la problemática (piénsese en el combate a la minería de oro a cielo abierto, en el rescate del hábitat de la lapa verde, en la protección de las tortugas, en la lucha contra la deforestación en Osa, etcétera); *el campo* es también la materia recreada por los reportajes periodísticos, éstos reconstruyen *el campo* (en contraste, reportajes sobre la corrupción política, sobre el comercio norte-sur o sobre la explotación económica, por ejemplo, no serían reconstrucciones de *el campo*, aunque se elaborasen parcialmente en *el campo*). El hecho obvio de que la problemática ambiental se concrete en desarreglos biofísicos más o menos expandidos territorialmente condiciona y permite que sea en contacto material con ella -con problemas puntuales-, y en su marco que la acción de los ambientalistas se lleve a cabo. La colectividad ambientalista es una población, digamos, al aire libre, es un conjunto social que así como se inquieta por el ambiente lo degusta y procura especialmente la interacción conciente con el entorno ecosistémico. Esta interacción está en la base de su inquietud, al igual que la interacción estimula la inquietud.

La comunidad y el movimiento ambientalistas se regodean en ser los protagonistas del enfrentamiento con la problemática ambiental: protagonista cada pequeña o grande organización, cada comunidad o asentamiento humano, cada persona. Pioneros de la desconquista de la naturaleza, de la conquista de la civilización, la cual se expresa en cada individuo y en cada práctica social tradicional. Los héroes de la política son los viejos colonizadores en los que no se puede confiar. Los preocupados por la problemática ambiental tienden a no delegar sino a asumir el compromiso de enfrentamiento de ella, sea a través de pequeños es-

fuerzos y tareas de reorientación de los hábitos personales de consumo, sea a través de mayores esfuerzos y tareas mancomunadas de recuperación o protección de especies, ecosistemas, espacios u otros elementos naturales. "Hoy se habla de neoindividualismo precisamente para subrayar un fenómeno de gran envergadura que denota una fuerte recuperación de los valores constitutivos de la individualidad, tales como: autonomía, creatividad, gusto por el riesgo, principio de autodeterminación" (Cf. Barcellona, 1996: 128). Y, consistentemente, "el Estado aun estando extremadamente ramificado e introducido en la organización de la vida civil, aun produciendo aparatos, instrumentos e instituciones, cada vez es menos capaz de ser Estado, punto de referencia e interlocutor del individuo-sujeto. Y no sólo porque están en crisis el parlamento y las instituciones representativas, sino porque el

Estado ha perdido la que en cierto sentido era su connotación más fuerte, es decir, 'el ojo panorámico', el monopolio del ojo público. El Estado ya no ve, ha perdido la capacidad de ver. ¿Y por qué? Porque, por ejemplo todo el problema de la información se le ha escapado de las manos. Se le ha escapado la oferta de la información, la transformación de la información e incluso sus redes..." (Ibid.: 126).

La muy acusada separación funcional de los subsistemas sociales en la sociedad contemporánea ha desembocado en que la mayoría de ellos se rijan con una tendencial prescindencia del subsistema de la política y cada vez más improntados por el subsistema económico cuya racionalidad imperante, la del mercado, tiende a devenir matriz de la acción social en la generalidad de los subsistemas. En el ámbito de lo ambiental, que es nuevo en su especificidad (en su concepción), la racionalidad del

HELENA VAN DEN HOMBERGH

Guerreros del Golfo Dulce Industria forestal y conflicto en la Península de Osa, Costa Rica

(DEI, Costa Rica, 1999, 285 pp.)

"¿Señor presidente, se pondrá realmente a la biodiversidad de primero?". Con estas palabras se presionó a la administración Figueres en 1994 a que buscara una solución al conflicto alrededor de las inversiones de la empresa papelera Stone Container Corporation en la Península de Osa en el sur de Costa Rica. Ahí iban a construir una obra industrial y portuaria para procesar y transportar la producción de miles de hectáreas de madera de rápido crecimiento con el fin de hacer papel. Una alianza estratégica de ecologistas, vecinos, científicos, abogados y políticos, logró que se renegociaran las condiciones del proyecto llamado "Ston Forestal S.A.", para evitar daños a la biodiversidad del Golfo Dulce y a los bosques de la Península de Osa. ¿Por qué hubo resistencia dentro de las comunidades de la Península de Osa? ¿Cuál fue el papel de la Asociación Ecologista Costarricense en el conflicto? ¿Qué vino a hacer Greenpeace? ¿Por qué la Contraloría General de la República dijo "no" al proyecto industrial? ¿Cómo reaccionaron los ministros del ambiente? Guerreros del Golfo Dulce rescata el conflicto sobre los planes de Ston Forestal y el proceso para llegar a una solución. Relata, además, lo que ha pasado después con el movimiento ambiental local. Una historia de importancia particular para Costa Rica, y un ejemplo de batalla a nivel mundial para lograr el uso sostenible de los recursos naturales en un contexto de globalización.

Pedidos:
Distribuciones DEI
Apartado Postal 390-2070
Costa Rica
Tel. 253 0229,
fax: 253 1541

Correo electrónico de la autora
hvdhomergh@yahoo.com y
autorahvdhomergh@hotmail.com

mercado tiene enorme peso (Mora, 1998g) y se imbrica con la racionalidad ambiental, en detrimento de la racionalidad política en sentido estrecho.

Si en un tiempo ya muy pasado no existió la política, como tampoco ámbitos de acción social delimitados, podría ahora también aceptarse que esté desapareciendo por lo menos respecto de ciertos tipos de decisiones y actos. No debiera insistirse en que la política sigue con la misma envergadura pero que se ha transformado. En la comunidad paleolítica, como también en una familia y en una empresa contemporáneas, se dan pujas por decisiones que comprometen a todos o a unos pero no es política lo que hacen, a no ser en sentido metafórico. ¿Por qué no concebir, entonces, que aun siendo las relaciones de fuerza en el ámbito de lo ambiental tan vigorosas y vigentes como en cualquier otro, la política tenga allí menos peso que el que ha tenido en otros subsistemas de acción social?

Referencias

Arrieta, Omar. coordinador de la elaboración del Plan Regulador del cantón Escazú - 1998 *Comunicación personal*. Agosto de 1998.

Barcellona, Pietro. 1996. *El individualismo propietario*. Editorial Trotta. Madrid.

Baudrillard, Jean. 1991. *La transparencia del mal*. Editorial Anagrama. Barcelona.

Bohemia. "Aguas limpias para el planeta azul" (en la sección fija "Le contesta Bohemia"), 5 de junio de 1998, n° 12, año 90. pp. B22-B23.

Bourdieu, Pierre. 1997. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama. Barcelona.

Dobson, Andrew. 1997. *Pensamiento político verde*. Editorial Paidós. Barcelona.

Douglas, Mary. 1996. *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Paidós. Barcelona.

Foucault, Michel. 1979. *Microfísica del poder*. Las Ediciones de la Piqueta. Madrid.

La Nación. "Editorial", 11 de agosto de 1998. p. 13A.

La República. 10 de agosto de 1998. p. 8A.

Leff, Enrique. 1994. *Ecología y capital*. Siglo XXI editores. México.

Meadows, Donella; et al. 1992. *Más allá de los límites del crecimiento*. Ediciones El País S.A./Aguilar S.A. de Ediciones. Madrid.

Merton, Robert. 1964. *Teoría y estructura sociales*. Fondo de Cultura Económica. México.

Riechmann, Jorge. y Francisco Fernández. 1994. *Redes que dan libertad*. Editorial Paidós. Barcelona.

Mora, Eduardo. 1994. *Claves del discurso ambientalista*. Editorial Funa. Costa Rica.

_____. (1998a). "Me siento más cerca del ecologismo radical que de los que lucran con la naturaleza". Entrevista a Carlos M. Rodríguez actual ministro a.i. del ambiente", en *Ambien-tico*, n° 59, abril de 1998. pp. 1-9.

_____. (1998b). "El ecologismo radical pone el dedo en la llaga y moviliza a los

pasivos". Entrevista a Luis Martínez, diputado y presidente de la Comisión Especial sobre Medio Ambiente hasta 1998", en *Ambien-tico*, n° 60, mayo de 1998. pp 1-4.

_____. (1998c). "El ecologismo radical es un problema necesario". Entrevista a Hernán Bravo ex ministro del Ambiente hasta 1994", en *Ambien-tico*, n° 61, junio de 1998. pp. 1-7.

_____. (1998d). "Nuestra política ambiental estatal responde a la presión foránea". Entrevista a Roxana Salazar directora ejecutiva de la oenegé ambientalista Ambio", en *Ambien-tico*, n° 63, agosto de 1998. pp. 1-6.

_____. (1998e). "Los políticos no entienden el ambiente, y lo subordinan a la economía". Entrevista a Alvaro León presidente de la organización ecologista Aeco", en *Ambien-tico*, n° 64, setiembre de 1998. pp. 1-6.

_____. (1998f). "Los ambientalistas no tenemos un interés directo por la política". Entrevista a Emile Rojas presidente de la Federación Costarricense para la Conservación de la Naturaleza (Fecón), en *Ambien-tico*, n° 65, octubre de 1998. pp. 1-7.

_____. 1998(g). *Naturaleza, quéherida mía*. Ambienticoediciones. Costa Rica.

Rivas, Gabriel. dirigente de la Asociación Ecologista Costarricense y miembro del Comité Ejecutivo de Amigos de la Tierra Internacional. *Comunicación personal*. Agosto de 1998.

Subirats, Eduardo. (ed. y trad.) sin fecha. "Dominación de la naturaleza, ideologías y clases", en *Textos situacionistas. Crítica de la vida cotidiana*. Editorial Anagrama. Barcelona. pp. 53-73. Publicado originalmente en el órgano de la sección francesa de la Internacional Situacionista: *Internationale Situationiste*, n° 8, enero de 1963: "En la sociedad actual, la dominación de la naturaleza se presenta como una alienación que se agrava sin cesar, y como la única garantía ideológica que justifica dicha alienación social; y, sin embargo, es objeto de una crítica unilateral carente de dialéctica y de comprensión histórica suficiente por parte de ciertos grupos de vanguardia que en este momento se encuentran a medio camino entre la antigua concepción degradada y mixtificada del movimiento obrero, que ya han superado, y la próxima forma de contestación global que todavía tenemos ante nosotros (a título de ejemplo, ver las teorías harto significativas de Gardan y otros, en *Socialisme ou Barbarie*). Con razón se oponen estos grupos a la reificación cada día más perfecta del trabajo humano y de su corolario moderno, el consumo pasivo del ocio manipulado por la clase dominante, pero acaban alimentando de manera más o menos inconsciente una especie de nostalgia por el trabajo bajo sus formas anteriores, por las relaciones realmente "humanas" que pudieron florecer en sociedades de otros tiempos o incluso en fases menos desarrolladas de la sociedad industrial. Ello está bien, desde el punto de vista que trata de alcanzar un rendimiento mejor de la producción existente, aboliendo en ella tanto el derroche como la inhumanidad que caracterizan la industria moderna (a este respecto cf. I.S. 6, p. 4). Sin embargo, estas concepciones abandonan el núcleo del proyecto revolucionario que no es otra cosa que la supresión del trabajo en el sentido corriente (del mismo modo que la supresión del proletariado), y de todas las justificaciones del trabajo antiguo" (pp. 55-56).

Weber, Max. 1984. *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México.